

Mensajero del Archivo Histórico

Juan Agustín de Espinoza, SJ
de la



Vicerrectoría Académica
Torreón, México. 29-II-2004

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mx

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

Mensajero. UNESCO: Internet resources, publications, periodicals

http://www.unesco.org/webworld/portal_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml

Ediciones anteriores del Mensajero:

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Mtro. Quintín Balderrama López S.J. Rector
Mtro. Carlos Portal Salas. Vicerrector Académico
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

número **65**

ÍNDICE

	página
Noticias desde el Archivo Histórico	2
Coahuila y la deconstrucción de su historia colonial	4
El Mostrador. Gutiérrez el insaciable	8
Libros del Archivo Histórico	11

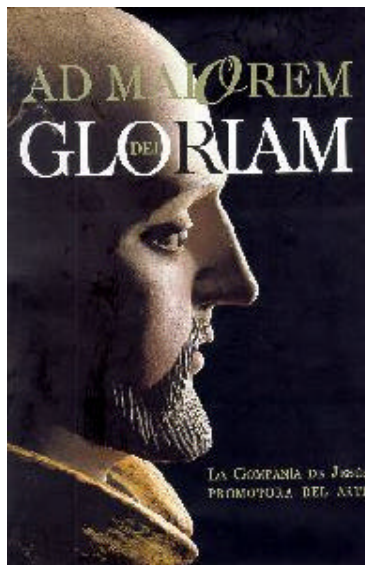
Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez Alemania * Argentina * Brasil
Canadá * Colombia * Chile * España * El Salvador * Estados Unidos de Norteamérica * Francia
Guatemala * México * Noruega * Reino Unido * Suecia * Uruguay * Venezuela

Comité editorial del "Mensajero": Sra. Cristina Solórzano Garibay. Lic. Marco Antonio Morán Ramos.
Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

NOTICIAS DESDE EL ARCHIVO HISTÓRICO

Presentación de libro y revistas que dan cuenta la obra de la Compañía de Jesús

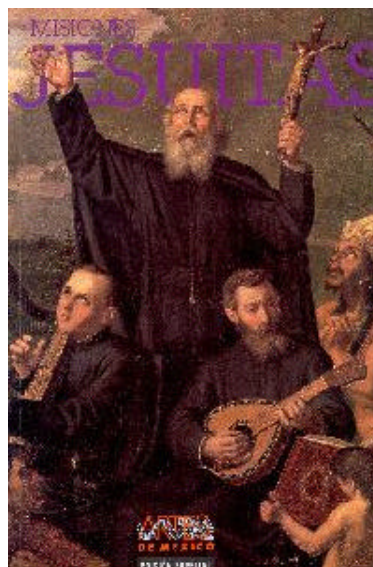
El próximo 18 de marzo será presentado en Torreón el libro *Ad maiorem Dei gloriam. La Compañía de Jesús promotora del arte*. Este es un extraordinario libro de 271 páginas preciosamente ilustradas que ha sido coeditado por el CONACULTA y la UIA-México a través de su Departamento de Arte. Esta obra rescata el patrimonio artístico de la Compañía de Jesús e incrementa la bibliografía de la historia del arte mexicano de la era vireinal.



En el mismo acto serán presentadas dos revistas-libros que constituyen coediciones especiales de Artes de México y la UIA-México. La primera, *Los colegios jesuitas en la Nueva España*, fue coordinada por el Mtro. José Luis Bermeo Vega. Cuenta con 112 páginas profusamente ilustradas con artículos sobre el devenir de la educación jesuita en la sociedad y cultura novohispanas. Como es costumbre en Artes de México, la edición es bilingüe, español-inglés. La otra revista-libro, *Misiones jesuitas*, dedicó sus páginas al desarrollo de la Compañía de Jesús y las aportaciones que ha hecho en México y otras partes del mundo, desde su fundación en el siglo XV.



Colegios jesuitas



Misiones jesuitas

La presentación se llevará a cabo en las instalaciones del Museo Regional del INAH, en el bosque Venustiano Carranza de Torreón en punto de las veinte horas (8:00 pm).

El evento contará con la presencia y participación del Mtro. Quintín Balderrama López, sj, Rector de la UIA-Torreón; del Mtro. Enrique González Torres, sj, Rector de la UIA-México; de la Dra. Ana Ortiz Islas, Directora del Departamento de Arte de la UIA-México; del Dr. Alfonso Alfaro, Director del Instituto de Investigaciones de la editorial Artes de México; del Dr. Alberto Ruy-Sánchez, Director de la editorial Artes de México; y del Dr. Sergio Antonio Corona Páez, académico investigador, docente y Coordinador del Archivo Histórico de la UIA-Torreón. Tras la presentación se ofrecerá el acostumbrado vino de honor.

Esta gala cultural contará además con la exhibición de una pequeña muestra de arte colonial de Santa María de las Parras. Es bien conocido que este pueblo-misión fundado en 1598 por el jesuita Juan Agustín de Espinoza, sj, constituyó la cabecera e inicio de la benéfica influencia educativa y evangelizadora de la Compañía de Jesús en la Comarca Lagunera.

COAHUILA Y LA DECONSTRUCCIÓN DE SU HISTORIA COLONIAL

Sergio Antonio Corona Páez¹

Durante la guerra de agresión estadounidense de 1847, de tan amarga memoria para México, el gobierno central mexicano cayó en la cuenta de que algunas regiones de la república no se habían solidarizado con una causa que debería haber sido nacional. Existen muchos testimonios que dan cuenta de que innumerables mexicanos pensaron que esa guerra era un mero asunto entre los Estados Unidos y la ciudad de México.² En pocas palabras, un gran número de mexicanos tenían más identidad regional que nacional.

En vista de situación tan peligrosa, los gobiernos liberales mexicanos posteriores a la caída de Maximiliano —los mismos que fortalecieron la autoridad del gobierno central por medio de la política, la economía, el ejército y la educación— consideraron pertinente la creación e impulso de un modelo historiográfico que incrementara el nacionalismo y la lealtad de los estados de la federación para con el centro del país. De esta premisa resultó una historia oficial y estandarizada, un discurso histórico que dio un papel protagónico a la ciudad de México a costa de las historias regionales.

Desde luego, esta resultó ser una “historia nacional” más ideológica que científica, particularmente por lo que se refería a la conquista y, en buena medida, al período colonial. Era un discurso que en retrospectiva hizo del Imperio de México-Tenochtitlan el mítico centro de nuestra “vida y orgullo nacional.” Esta pretensión, además de ser inexacta, constituyó un flagrante anacronismo. Cuando llegó Cortés en 1519, nuestro actual territorio estaba poblado por muchas naciones —soberanas o sometidas— que de inmemorial contaban con población sedentaria, tierras ancestrales, gobiernos, leyes y lenguas o dialectos propios. Sin duda alguna pensaríamos ahora que todas ellas tenían el derecho a la existencia y a la libertad.

¹ Sergio Antonio Corona Páez es Doctor en Historia por la UIA-Santa Fe, Coordinador del Archivo Histórico UIA-Torreón, y participa como investigador en el proyecto del SEUIA-ITESO “Fe y Cultura” (Mentalidad religiosa).

² Existen fuentes documentales regionales (Eduardo Guerra) y también estadounidenses (Universidad de Chicago, Universidad de Cornell) que manifiestan con toda claridad que la ocupación militar del entonces Partido de Parras había sido más o menos un mero paseo. Los militares extranjeros incluso eran invitados a los saraos de las familias prominentes. Hasta 1836, Coahuila y Texas habían formado una misma entidad política mexicana. Es probable que la percepción de la “alteridad” fuera más fuerte hacia los habitantes de la ciudad de México.

En la parte norte de nuestro país existían los grupos llamados “chichimecas”, nómadas o seminómadas, con una configuración política y una relación espacial diferente a la de las naciones sedentarias. Es decir, para 1519 existía una enorme pluralidad de culturas, etnias, lenguas, naciones y grupos. Hacer del Imperio de México-Tenochtitlan el fundamento y paradigma de nuestra historia nacional antigua equivale a legitimar el imperialismo de una agresiva nación indígena a costa de aquellas que padecieron e incluso resistieron su militarismo.

Como todo imperialismo, el de los mexica era injusto, abusivo y muy odioso para quienes lo padecían. Debido al enorme poderío militar que éste desplegab, solamente las vecinas naciones purépecha (tarascos) y tlaxcalteca pudieron resistir la máquina guerrera mexica.

De hecho, los cuatro reinos confederados de Tlaxcala (Tizatlán, Ocotelolco, Tepectípac y Quiahuiztlán) constituían una nación profundamente amante de su libertad, soberanía y costumbres. Por mantener su libertad, los tlaxcaltecas peleaban hasta la muerte. Es muy notable que pensaran que el orgullo y la nobleza del hombre consistía básicamente en la vida libre, exactamente como los alemanes entendían la libertad del “freiherr” o los vascos la del “hidalgo”. No entendían la nobleza de la sangre sin libertad y sin el correspondiente ejercicio de las armas. Consideraban preferible la muerte a la deshonra o la esclavitud. El caso del guerrero tlaxcalteca-otomí Tlahuicole, histórico o imaginario, era paradigmático para esta mentalidad.

Los mexica no estaban dispuestos a tolerar el espíritu independiente de los tlaxcaltecas ni sus consecuencias políticas. Trataron de debilitarlos para luego someterlos. Organizaron un gran bloqueo económico contra Tlaxcala y posteriormente acudieron a la estrategia de la guerra sistemática. Los gobernantes de México-Tenochtitlan mostraron con toda claridad su pretensión de someter por la guerra a los tlaxcaltecas llegando hasta el genocidio si fuera necesario.

Quizá lo hubiesen logrado con el tiempo si las circunstancias no hubieran actuado a favor de los tlaxcaltecas. Ante la súbita irrupción de Cortés en 1519, el mundo indígena no pudo quedar indiferente.

Cuando las fuerzas de Cortés llegaron al territorio tlaxcalteca en 1519, los cuatro reyes confederados pensaron que se trataba de fuerzas aliadas de Moctezuma II dispuestas

a cumplir sus amenazas de conquista. En consecuencia, les hicieron la guerra de manera feroz.

Los españoles, tras padecer varios enfrentamientos encarnizados, evaluaron la fuerza y el número de los guerreros tlaxcaltecas. Cortés optó por enviarles mensajeros de paz y alianza. Los cuatro reyes confederados, según nos lo refieren tanto el cronista Díaz del Castillo como el mestizo Muñoz Camargo, entendieron lo trascendental que sería para la defensa de los cuatro señoríos contra los mexica una eventual alianza hispano-tlaxcalteca. De hecho, los cuatro gobernantes fueron más allá: comenzaron a preguntarse si no serían estos guerreros blancos aquellos con quienes sus dioses ancestrales les dijeron que habrían de unirse y mestizarse:

Muñoz Camargo refiere lo que dijo el rey Xicoténcatl a los otros reyes de Tlaxcala en 1519:

“Ya sabéis, grandes y generosos Señores, si bien os acordáis, cómo tenemos de nuestra antigüedad como han de venir gentes de la parte de donde sale el sol, y que han de emparentar con nosotros, y que hemos de ser todos unos...Estos dioses u hombres, veamos lo que pretenden y quieren, porque las palabras con que nos saludan son de mucha amistad, y bien deben de saber de nuestros trabajos y continuas guerras, pues nos lo envían a decir.”³

De este mismo discurso da cuenta un asombrado Bernal Díaz:

“También dijeron aquellos mismos caciques que sabían de sus antecesores que les había dicho un su ídolo en quien ellos tenían mucha devoción, que vendrían hombres de las partes de donde sale el sol y de lejanas tierras a los sojuzgar y señorear; que si somos nosotros, que holgarán de ello, que pues tan esforzados y buenos somos. Y cuando trataron las paces se les acordó de esto que les habían dicho sus ídolos, y que por aquella causa nos dan sus hijas, para tener parientes que les defiendan de los mexicanos. Y después que acabaron su razonamiento, todos quedamos espantados y decíamos si por ventura decían verdad.”⁴

Es muy interesante que tanto los mexica como los tlaxcaltecas creyeran haber recibido avisos de sus deidades ancestrales. Pero mientras que los dioses mexica lloraban

³Muñoz Camargo, Diego. *Historia de Tlaxcala. (Crónica del siglo XVI)*. Editorial Innovación. México. 1982. Libro II. Capítulo III. p. 85. Esto sucede antes de la llegada de los españoles a Tlaxcala.

⁴ Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Editorial Porrúa. México. 1976. Capítulo LXXVIII (78). p. 135.

ante la inevitable aniquilación de sus guerreros, de su imperio y de su cultura expansionista,⁵ los dioses tlaxcaltecas anunciaban a su pueblo —no menos guerrero— una época de transformaciones, supervivencia, mestizaje y unidad política.⁶

Los tlaxcaltecas defendieron su libertad y su honor nacionales peleando contra los españoles. Cuando éstos les ofrecieron una alianza que resultó ser estratégica para ambos bandos, lo consideraron con cuidado. Celebraron consejo sin desechar las voces de sus antiguas deidades. Fueron fieles a sí mismos. Los mexica deberían atenerse a las consecuencias de sus propias acciones imperialistas y pagar los resultados. Y esto no sólo de parte de los tlaxcaltecas, sino de todos aquellos pueblos que México-Tenochtitlan tenía sometidos. El imperialismo mexica cavó su propia tumba al generar un odio mortal en los pueblos que conquistó, humilló y sangró. Todos ellos se convirtieron en aliados de Cortés.

Cuando los historiadores oficiales crearon el mito de que la historia de la ciudad de México sería equiparable a la historia nacional, los tlaxcaltecas —de un plumazo— fueron considerados “traidores”. A la luz de lo que hemos tratado aquí, es evidente que una nación soberana no puede ser tildada de “traidora” por el simple hecho de que no se deje conquistar por otra. Defender su territorio, su gobierno y su cultura no es traición. Incluso se puede perder algo de autonomía (principio del mal menor) con el fin de salvar el orgullo nacional y la propia identidad. Este fue el precio que los tlaxcaltecas decidieron pagar. La alianza con los españoles los iba a convertir en una especie de estado aliado asociado, en una “autonomía” dentro del Imperio Español de los Austria.⁷ Su religión iba a cambiar. Pero ¿no era esto lo que les habían anunciado sus deidades? Como lo demostrarían a lo largo de la era virreinal, los tlaxcaltecas cambiarían para seguir siendo los mismos. Jamás padecerían del trauma de conquista, pues ellos siempre fueron —*de Jure y de Facto*— conquistadores, y muy particularmente en la Nueva Vizcaya.

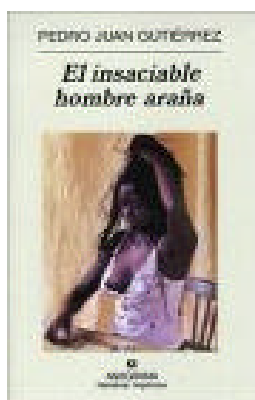
El impacto de la cultura tlaxcalteca en el norte virreinal, de manera particular en lo que hoy llamamos Coahuila, fue enorme. Es bien sabido que Saltillo, Parras, Viesca y

⁵ Los presagios que anunciaron a los mexica su conquista y destrucción han sido bien estudiados por don Miguel León Portilla. Bernardino de Sahagún los menciona en su *Historia general de las cosas de la Nueva España*; Libro XII, capítulo I. Es significativa la sexta señal, “se oía en el aire de noche una voz de una mujer que decía “Oh hijos míos, ya nos perdemos”. Sahagún, *op.cit.*

⁶ Los prodigios y la lectura que de ellos hicieron los tlaxcaltecas las refieren Muñoz Camargo y Díaz del Castillo, *op.cit.*

⁷ Los llamados “Privilegios de Tlaxcala” fueron otorgados porque los tlaxcaltecas los exigieron sobre la base de la alianza celebrada con la Corona a través de Cortés. Estos privilegios fueron elevados a la categoría de leyes en la *Recopilación*.

otras poblaciones coahuilenses tuvieron un altísimo porcentaje de colonos tlaxcaltecas. Ellos aportaron la cultura madre del mestizaje norteño, y configuraron, junto con los españoles, una mentalidad, una manera de ver la realidad, una actitud ante la vida que explica hasta la fecha la manera de ser de buena parte de los habitantes de estas regiones. Es algo de lo cual podemos estar profundamente orgullosos. Su herencia cultural sigue viva entre nosotros.



EL MOSTRADOR

GUTIÉRREZ EL INSACIABLE

JAIME MUÑOZ VARGAS⁸

Pedro Juan Gutiérrez (1950) asombra no por su desenvoltura, no por el desenfado implacable de sus historias, no por la grieta que abre en la moral estándar. Asombra porque no se espera que en el oblijo de la isla surja una narrativa insolente, frescota, ferozmente egocéntrica y libidinosa. Si ya había hecho escándalo con *Trilogía sucia de La Habana*, con *El Rey de La Habana* y con *Animal tropical*, los cuentos de *El insaciable hombre araña* vuelven a deambular el mismo espacio, la misma época, la misma prosa y la misma tesitura erótica/descarnada/sarcástica que ha convertido a Pedro Juan Gutiérrez en el Henry Miller de la Cuba revolucionaria.

Independientemente de la postura ideológica desde donde se le juzgue, es innegable que la obra de Pedro Juan Gutiérrez tiene atributos que con merecimiento le han

⁸ Jaime Muñoz Vargas estudió comunicación y maestría en historia. Es escritor, editor y maestro de literatura y periodismo en la UIA Torreón.

granjeado ya una buena cuota de lectores. Hasta su aparición, no se tenía noticia de un narrador cubano con peculiaridades bukowskianas, un narrador que, hasta donde esto es posible, se despojó de resonancias políticas, económicas y sociales para hundirse en caída libre a los abismos de un país que puede ser contado, como todos los países, con severa, con punzante ironía.

Pedro Juan Gutiérrez así lo ha hecho una vez más. Armado hasta las muelas con una burla que todo lo taladra, el autor de *El insaciable hombre araña* nos ofrece aquí 19 ácidos relatos donde el personaje protagónico (*alter ego* demasiado próximo a Gutiérrez, un personaje adicto al ron, al tabaco y al culto de las negras y las mulatas) es testigo de la catástrofe material que carcome la piel y el alma de los vapuleados y abnegados cubanos.

Prácticamente no hay párrafo sin gracia en todo *El insaciable...*; si una virtud tiene Pedro Juan Gutiérrez es, de hecho, la de transmutar el desastre en un humor cuya malditez permea los poros de cada relato y nos ofrece su apocalíptica visión a risotadas. Con una prosa sencilla pero exuberantemente salpicada de pinceladas maestras, el narrador habanero —quien por cierto también se dedica a la pintura, como su protagonista de cajón— articula un fresco donde el lector asiste a los escondrijos de la capital cubana, a sus atestadas "guaguas", a sus barecitos decrepitos, a sus vecindarios podridos por el tiempo y la carencia, a sus casas decoradas con la obsolescencia y la improvisación. Una enorme masa de personajes pueblan estas páginas: a todos, a su mismísima madre —"una vieja cabrona"— o a la "jinetera" más barata, el narrador los escudriña de los pies a la coronilla y de ellos extrae una estremecedora certeza: "templar" con una negra y beber ron barato es lo único a lo que se puede aspirar con gusto en medio de la desolación, es el mejor remedio para no morir colgado de una soga.

El insaciable hombre araña —estrafalario título, pero que pudo ser cualquier otro aunque para efectos de *marketing* es inmejorable dada la renovada celebridad del arácnido— emplea un recurso ya explotado por Gutiérrez en su *Trilogía sucia de La Habana*; esto, ante el lector que busca autores que no se plagien a sí mismos, podría ser un handicap en contra del narrador. Contar todas las historias desde una sola perspectiva, hacerlo incluso con personajes que novelescamente aparecen y reaparecen conforme avanzan las historias, puede resultar atrayente para muchos lectores, pero a otros los puede orillar al tedio pese a la quemante esplendidez de la prosa.

Por otro lado, aunque el término *cuento* es cada vez más comprensivo y abarcador, no deja de resultar polémico incluir en ese género las historias en las que, como en muchas escritas por Bukowski, no hay un gobierno preciso de la anécdota desde el punto de vista estructural. Igual que otros autores de su estilo (Guillermo Fadanelli sería su correlato mexicano), Pedro Juan Gutiérrez deja caminar por las páginas a su lúbrico protagonista y, como en la vida, éste se topa con lo asombroso, lo paradójico, lo terrible, lo grotesco y lo (de vez en cuando) hermoso, pero también con lo común y lo corriente, lo ordinario, lo insustancial. El autor luce siempre despreocupado por el final de sus historias, y lo importante en su caso parece ser el recorrido verbal por la devastada isla, no el punto de llegada que en su caso es, por ley, anticlimático en cada pieza del volumen.

Y no hay que confundirse: la presencia del humor, agrio en todo momento, no surge desde una mirada turística, desde visión desligada de la entraña habanera. Al contrario, la risa aquí es una risa de capricho goyesco, una risa que se enchufa visceralmente a la realidad y, con una oscura carcajada como telón de fondo, nos ofrece el espectáculo de la vida cubana desde un yo abatido, un yo que testifica como aquí, con íntimo horror: "Me gustan los bares cochambrosos que hay en esa calle. Siempre hay mucha gente: vendedores callejeros, vagos, puticas muy jóvenes y baratas, viejas gordas buscando sexo. Ésas son gratis, pero dan asco. Viejos sucios, mendigos pidiendo, inválidos, ciegos y sordomudos que venden chucherías, viajas locas, viejos borrachos. En fin, se reúne mucha gente cochambrosa y mugrienta. Hay decenas de solares en los alrededores y los negros y las negras caminan por ahí, sin rumbo, a ver qué sucede. Nunca sucede nada. Ellos siguen caminando, a ver qué sucede".

El insaciable hombre araña confirma que Cuba tiene ya un nuevo cronista; acaso un cronista incómodo, pero ineludible. Es necesario leerlo para comprobar de cerca si este libro, como un barrio de La Habana descrito por Gutiérrez, "le baja [o no] la moral al más duro".

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO JAE

COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx

- 1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679).** Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 2.- Censo y estadística de Parras (1825).** Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdé Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.** Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819).** Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale.** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00
- 7.- Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII.** Sergio Antonio Corona Páez \$ 35.00

Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:

<http://sitio.lag.uia.mx/publico/servicios/archivohistorico/archivo1/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>